

## Cuentos del paraíso de las islas

12-08

### Arcadio y los pastores (Novela africana y pastoril)

[emilio.sola@cedcs.eu](mailto:emilio.sola@cedcs.eu)

Colección: E-libro: El paraíso de las islas

Fecha de Publicación: 20/11/2023

Número de páginas: 21

I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

**Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.**  
Más documentos disponibles en [www.archivodelafrontera.com](http://www.archivodelafrontera.com)



#### **Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.**

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

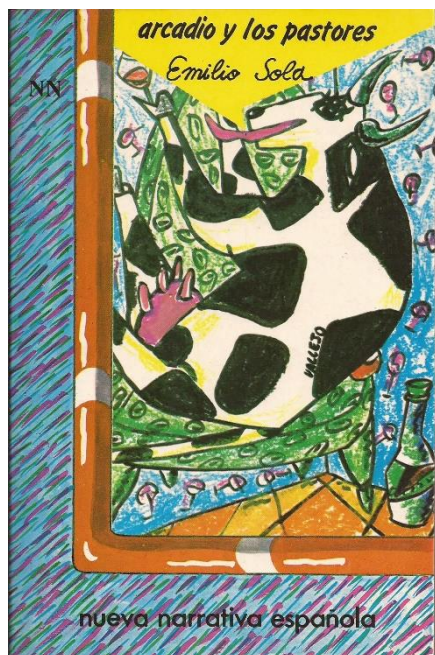
El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

[www.cedcs.eu](http://www.cedcs.eu)  
[info@cedcs.org](mailto:info@cedcs.org)

# Cuentos del paraíso de las islas

## 12

### 08 Arcadio y los pastores



“Arcadio y los pastores (Novela africana y pastoril)” fue publicado en 1986 por Ediciones Libertarias, una editorial fundada por Antonio Huerga y Charo Fierro, que luego vendieron su fondo a Produfi, con lo que pasó a denominarse Libertarias-Produfi. Su tiempo literario es en torno al año 68 después de la Gran Guerra (GG) y muerte de Juan Bravo (JB), unos 16 años después de la muerte de don Borondón el Antiguo, en la cronología utilizada en el llamado “Paraíso de las islas”, en el que viven los redactores o amanuenses, y nosotros mismos también sin duda. El texto procede, como siempre estos relatos, de la Biblioteca de don Borondón o del Naranjal, y uno de sus personajes es precisamente Fito Naser, quien está ahora al frente de esa casa y biblioteca habitada que fue la casa de don Borondón o del Naranjal, junto con el protagonista principal del relato, incluido en su título, Arcadio, Arcadio el hijo de Ulrica.

\*\*\*

En el Archivo de la frontera hay una primera edición digital de 2015, que puede consultarse aquí:

<http://www.archivodelafrontera.com/e-libros/arcadio-y-los-pastores-novela-africana-y-pastoril/>

\*\*\*

La presente edición se hará en 21 fragmentos, tal vez 22 en total, para hacerlos breves en esta segunda edición digital, ocho años después de la primera, para que resulten más legibles:

12-00, 12-01, 12-02, 12-03, 12-04, 12-05, 12-06, 12-07, Segunda parte: 12-08, 12-09, 12-10, 12-11, 12-12, 12-13, 12-14, Tercera parte: 12-15, 12-16, 12-17, 12-18, 12-19, 12-20, 12-21

\*\*\*

He aquí el índice del relato, según la edición en papel de 1986:

## INDICE

### PRIMERA PARTE

- |  |    |
|--|----|
| 1. Simón el Mago y la Casa despertador de pájaros. . . . .   | 9  |
| 2. Conversaciones de Simón el Mago y Sidi Abdelhakim<br>Bushacor sobre el padre del cuchillo . . . . .                     | 13 |
| 3. Las leyendas de Hamam Masjutín, el baño de los maldecidos, y la fiesta de la flor y de la pintura de Suk Ahrás. . . . . | 22 |
| 4. El grupo del valle del Mago . . . . .   | 32 |
| 5. La compañía de Leila Naser en Guelma y los amores de<br>Leila V y Estambuli Entrambosaires . . . . .                    | 40 |
| 6. Leila Naser madre, IV para entendernos, Leila hija y Estambuli charlan sobre el pasado. . . . .                         | 50 |
| 7. Filis, Yeni y el grupo del valle del Mago . . . . .   | 61 |

### SEGUNDA PARTE

**Introducción del amanuense con homenaje a un viejo amanuense,  
ex-agobiado, desaparecido**

- |  |     |
|--|-----|
| 1. La vida en el valle del Mago, con el cambio de amanuense<br>en el relato y la historia de Claudia Auani y Flora Abenza . .                | 75  |
| 2. Don Fion y Claudia Auani en el calvero del perro y de la<br>cabritilla . . . . .  | 87  |
| 3. La compañía de Leila Naser en el valle del Mago . . . . .   | 97  |
| 4. Los rebaños de la transhumancia en el valle del Mago, con la<br>historia de Catalina Ivanova, la niña meada por los perros . .            | 106 |
| 5. La breve experiencia de transhumancia de Leila Naser V,<br>con una interpolación amplia del amanuense segundo de<br>este relato . . . . . | 114 |
| 6. Los amores de Alí Hamuín y Claudia Auani, con la preñez<br>de ésta y su abandono del valle del Mago . . . . .                             | 124 |
| 7. El dramático llamamiento del demógrafo Paulov . . . . .   | 134 |

**TERCERA PARTE**

**Introducción del segundo amanuense, con nuevo homenaje al amanuense ex-agobiado**

1. Historia de Yosín y respuesta de la gente al llamado de Cristino Paulov. . . . .	145
2. Los niños de mayo. La Coronela en el valle del Mago y primera infancia de Arcadia Copruku . . . . .	150
3. Disgresiones del amanuense sobre la dinastía de las Leilas Naser . . . . .	166
4. Sobre Olga Marruz y sobre el tercer año de la experiencia simoniana, con los preparativos primeros para la Universidad ganadera de Hamam Masjutín. . . . .	177
5. Muerte de Sidi Abdelhakim Bushacor y abandono de Arcadio del valle del Mago. Algunas consideraciones sobre la toma de Casentina . . . . .	187
6. El viaje de Arcadio por el paraíso de las islas, mensajero o embajador de la "Arcadia feliz", y susto a su regreso a Guelma . . . . .	199
7. Arcadio en la toma de Casentina, con la fiesta de la matanza del cerdo y del cordero, accidente de Arcadio y preparativo final del viaje con Fito Naser fuera de la Arcadia. . . .	210
<b>Dedicatoria y Final . . . . .</b>	<b>223</b>

## SEGUNDA PARTE

Este amanuense lo había escuchado de boca de otro amanuense mucho más viejo que él —él, en realidad, era por entonces un pipiolo con buena letra y la cabeza llena de pajaritos cantores— y entonces no había comprendido su sentido plenamente; pero tomó notas —mejor, lo había grabado en aquel aparatito que todo amanuense llevaba siempre consigo, tan práctico—, y en una de sus fichas lo encontró mucho tiempo después: hoy.

“Eramos una brutalidad de gente. ¿Qué había sido aquello, en resumidas cuentas, más que una masa de obrero y campesinos al fin movilizados de la mano en marcha para dejar atrás —ni siquiera muertas, tan sólo abandonadas— a las sanguijuelas? Pero todo aquello es ahora cuando puedo contarlo, cuando lo sé, a posteriori, porque aquel tiempo no era para ponerse a pensar sino para marchar sin más, a golpe de mogollón, de vibraciones mágicamente convergentes hacia dónde, de avalanchas multitudinarias en dirección norte sur y oeste este, de música feroz en transistores a tope por todos los caminos, de odios y rechazos y amores instintivos que una sola mirada era capaz de comunicártelos sin equívoco posible, de mucha marcha, de mucho tío y mucha tía en mucha marcha”.

Recuerda este amanuense el momento con precisión: era su primera reunión con amanuenses, y el que hablaba era uno que acababa de presentar un texto sobre un viaje de hijos del agobio, como se decía, en uno de los más hermosos módulos a las afueras de Esmirna, un gigantón de pelo rubio, voz tronante y ademanes bruscos, ex-agobiado él mismo y entonces amanuense especializado en temas de agobiados. Otra ficha que conservo suya dice:

“Durante muchos años los amanuenses que recorrían —y ese recorrían, interpolo hoy, es un pasado muy pasado que nunca podría ser recorriamos porque yo aún no había nacido— la costa y las islas habían estado tan obsesionados por el fin de la Gran Confederación y la Gran Guerra que en todos sus textos reiteradamente volvían y volvían estos temas; hasta que la basca se hartó y comenzó a pedir más lo que llamaban “retratos de la colectividad”, de la nueva generación, y los amanuenses —sobre todo con los nuevos que ya no habían conocido sino por relatos de mayores suyos aquellos sin duda dramáticos acontecimientos—, en lógica comunicación de intereses y gustos, a brindarles lo que pedían. Y la Gran Confederación y la Gran Guerra comenzaron a convertirse en un simple punto de referencia temporal, inicio de un ciclo nuevo sin más, no en tema literario ni nada que se le pareciese”.

Hoy, casi en el año 90 de la gran guerra, me siento en la obligación —de necesidad— de interpolar esta evocación en homenaje a aquel gran amanuense que tanto admiré y aún hoy sigo admirando, considerado como maestro mío y de tantos. Es verdad que la Gran Confederación y la Gran Guerra es historia muy antigua para nosotros, nacidos y crecidos en los diversos paraísos de las islas que ellos nos forjaron, pero es verdad también que cada vez más vuelve a ser historia viva, soñamos con aquellos tiempos estelares y admiramos a sus gentes, nuestros inmediatos antepasados. Por eso extraigo otra ficha de este gigantón recientemente desaparecido:

“Eramos los otros, a quienes no se tenía en cuenta a causa de su obstinado —más que no participación, porque participación a la fuerza había, era algo obligado y natural— no aplauso, más aún, manifiesto disgusto. Hasta el día que comenzaron a descubrir que éramos un “vosotros” definido —lo cual no era cierto puesto que nunca hemos sido un “nosotros”, un único “nosotros” sino lo contrario, un imposible “nosotros” y “vosotros”— y comenzaron a dejarnos menos en paz, en un primer momento, a intervenir, mejor interferir, en nuestro tiempo y nuestras vidas,

a ensayar la integración —imposible integración ya: no lograban captar nada, salvo lo que ellos consideraban un peligro. La huída hacia “los otros” —ese “vosotros” que ellos decían aunque sin un interlocutor válido que pudiera encajarlo— de un sector cada vez más numeroso y cualitativamente importante de sus nuevas generaciones acrecentó en ellos esa sensación de amenaza y tiempo hubo en el que se temió un supremo acto agresivo de ciego polifemo furioso. La gran guerra no había sido más que una pequeña anécdota, un gesto de mal humor, un estertor de una agonía que comenzaba o se anunciaba próxima; había afectado a esos “los otros” que podían considerarnos, muchos habían sido los sufrimientos y las muertes, pero más había afectado a quienes querían convertirnos en un imposible “vosotros”: el abandono de sus filas, hasta la gran guerra sólido al menos en apariencia conjunto, se acentuó espectacularmente, el paso a “nuestro” “los otros” llegó a ser incontenible espiral de la huída”.

Leídas por mí estas fichas hoy me hacen recordar vagamente mis años jóvenes y de niñez, de estudiante en la casa de los niños de Trapani, cerca de la tumba de Gina Manfredi, aquella clase de historia de cada año, el día del comienzo de primavera, sobre si la creación de paraísos en las islas había supuesto o no una “revolución” en el sentido clásico antiguo que este término tenía y, si afirmativo, por qué. Y allí había que vernos a la muchachada discutir, razonar, contar y escuchar historias, intentar fijar por escrito conclusiones, cantar y bailar a la sombra del jardín de ciruelos e higueras de Erik Anderson que hacía imposible de localizar el ciruelo y la higuera bajo los que se decía estaba enterrada la bella Gina.

Pero la última de las fichas del ex-agobiado amanuense que hoy necesito convocar aquí es aún más significativa; y entronca aún más si cabe con este “nosotros” —y lo digo sin rubor ya— generacional que podríamos ser.

“Sabíamos que la vida lo era todo y, a la vez, que no valía nada. Tal vez hubiera sido esa la más dura de las lecciones aprendidas; pero la habíamos aprendido bien y

obrado en consecuencia: cuando se impuso con claridad la certeza de que tu vida no era amada por alguien —y no sólo no amada, sino aborrecida en ocasiones— y que no era inviable la vida sin ese “alguien” —ya que nos decían “vosotros” derecho tengo a decirles “alguien”—, más aún, que era sin él más esplendorosa, sin más se lo mandó a tomar por el culo —a freir puñetas, decían los castizos pudorosos— y se montó la cosa al margen suyo; éramos “los otros”, pues como tal vivíamos, y en paz. El único problema es que éramos un disparate de variado “los otros”, un nada coherente conjunto de grupos, y hubo que bregar lo suyo para encontrar los pocos puntos válidos de juntura, las bisagras claves: esa fue la espléndida conquista de los que hoy considera la basca prehistoria creadora, con la gran guerra en el corazón de todos y cada uno de sus planteamientos teóricos desencadenadores de. Y Juan Bravo el puente tendido hacia el nuevo tiempo que él mismo se encargó de minar —admirable clarividencia— para su pronta y fácil destrucción. Sustituído el puente por audaces y graciosas pasarelas —la niña Gina, el antiguo Borondón, el inolvidable padre del cuchillo y tantos más— de continuo atravesadas por aéreos y arriesgados viajeros —¿quién no recordará con ternura al niño Ahmed Pujol, luego el hombre del colmillo verde, al infatigable Prisciliano Manfredi, al viejo Antonio S.N.P., marinero, a Simón el Mago, ganadero ilustre, y a tantos miles más que debemos recuperar del olvido y a ello estamos tantos amanuenses? —, guardianes del mensaje que hoy nos cohesiona y convierte en más “vosotros” que nunca contra nuestro propio deseo y en cuyo proceso de destrucción —como siempre ha sido y debe ser, creadora— estamos. Nunca, hasta hoy, hemos podido hablar en primera persona del plural. Pero sabemos; sabemos —y es fundamental ese ser conscientes de ello— que podría ser lamentable —ese sentirse “nosotros”— y por eso, en pleno proceso de revisión, volvemos a los que ya tantos llaman “clásicos” —que no lo son, pues como había dicho un poeta “todo clasicismo es muerte”— para interrogarles de nuevo —una vez más,



¡cuántas veces! — y mantener encendido el fuego de — que un día supimos que lo era todo y hoy sabemos de valor incalculable— la vida”.

Con auténtico placer rememoro hoy aquel discurso de nuestro bien amado y recién desaparecido ex-hijo del agobio. Aún hoy siguen llegando a estos lares nuestros —aunque cada vez menos, otra es ya la fauna espléndida que nos visita y se nos reúne— gente en moto con su retrato poderoso en adhesivos y guerreras, en chapitas de colores y llaveros, fetichismo que parece morir y renace, ave fénix, de sus más viejas cenizas.

En su honor este nuevo arranque de mi relato, el de Arcadio y los pastores.

1.— La primavera había estado precedida de un espléndido mes de febrero, verdaderamente primaveral, y que casi engañó a todos, al grupo y a las manadas. Cuando por fin llegó, todo fue renacer y alegría. La ternerilla Neyma o Estrella era ya una “chiquilla muy guapa y graciosa”, como solía decir el Mago, y en verdad éste sentía debilidad especial por ella aunque otras muchas habían nacido entonces. Con el invierno la aproximación de gente y animales había dado un gran paso adelante —el almacén de grano en que se convirtiera la casa despertador de pájaros había jugado importante en aquella fase—, en particular con recién paridas y ternerillos; el ordeño al asalto se ensayó varias veces al día incluso, en condiciones cada vez más favorables —Arcadio y Estambuli formaban un equipo habilísimo en aquello que ellos llamaron deporte— y Simón, al menos una vez cada tres días, acariciaba a la ternera Estrella al menos unos segundos; temblorosa y aturdida, su mirar tiernísimo y asustado, la carrera nerviosa hacia la vaca madre en guardia al final de las caricias, todo emocionaba particularmente al Mago; al parecer, de entonces data el inicio de su discurso —por las noches solía escribir algo antes de dormir, sintetizaba experiencias y ponía en orden sus ideas sobre las diferentes lecciones del programa de la

futura universidad ganadera— sobre la belleza de los ojos de la vaca. El relevo de los dos equipos iniciales funcionó bien; en momentos especiales —cuando tras la quema de las rozas el campo labrado mostraba surcos y camellones Arcadio y Estambuli se negaron a viajar a Guelma, como si quisieran no perderse ni un solo día de observación de la tierra con el grano dentro; cuando la casa despertador de pájaros estaba a punto de ser terminada, nadie de los equipos quiso tampoco abandonar el lugar, con lo que no hubo relevo y todos permanecieron en el valle del Mago más de dos meses a pie de obra— formaban un único y entusiasta equipo muy bien compenetrado. El valle del Mago se mostró, como previsto, buen pastizal de invierno, sólo en zonas más elevadas y de bosque cubierto de nieve como aceptable pastizal de verano, aunque no mejor que las altas mesetas que se sucedían más allá del bosque en invierno nevado, amplísimas tierras más altas que Simón reservaba para organizar futuras rutas de trasumancia en las fases finales de la experiencia. Lugar de tránsito, de transición entre altas mesetas y las tierras más benignas de la costa, no cabía esperar catástrofes salvo en caso de año especialmente frío o de climatología anormal o atípica. Y aquel año, al menos, todo marchó con normalidad.

A finales de año, los dos equipos íntegros en el valle, recibieron una breve visita de la camioneta de la compañía de Leila Naser en pleno; sólo dos días —el Mago insistió en que debían ser breves aún las interferencias—, fueron a su modo la celebración del cambio de estación y año, la casa despertador de pájaros terminada al fin. Presentaron avances de lo que preparaban para su gira de primavera, Olga Marruz cantó sus nuevas composiciones —los arreglos musicales grabados incluían instrumentos y aires musicales de la región—, Leila Naser hizo en honor de Estambuli —vestida de Marcela— el monólogo clave de la pieza de Otromundo que representarían en su presentación en el teatro de Guelma; fueron dos únicas sesiones, largas y animadas, en el interior de la casa —el frío era intenso— convertido, con telón de fondo de almacén-dormitorio, en escenario-

auditorio perfectamente intercomunicados; Leila rogó a Estambuli que leyera al menos una de sus cartas de aquel otoño y el chico, aunque vergonzoso no quería al principio, así lo hizo —Leila llevaba consigo los originales— entre el regocijo general. Aquellos días Leila y Estambuli charlaron un rato largo; el muchacho estaba algo más calmado de sus ardores amorosos— “pero todavía al verte se me remueve algo dentro”, le dijo Estambuli— y Leila, aunque muy tierna, se mantenía en su obstinación de no dejarse penetrar. Con los comediantes volvieron a Guelma el hamuín Alí —quería ir al dentista—, la chica Ivanova —con problemas de menstruación— y Claudia Auani con un pedido de cosas necesarias para el grupo y algunas indicaciones para informatizar que Fito Naser les había hecho llegar.

Y atrás aquel espléndido febrero que trajo el deshielo de las zonas altas y el florecer del único almendro del valle —ciertamente un capricho de la naturaleza, solitario allí a medio camino entre un bosquecillo de acacias y la fuente de la Estrella—, Simón comenzó a preparar con su gente una nueva fase en su doble vertiente agrícola —preparación de la recogida de la cosecha de la siembra de otoño y estudio de la que pensaban hacer en primavera de cebada, avena y guisantes— y ganadera; sobre todo las hembras con crías, muchos animales de las manadas parecían haberse acostumbrado aquel invierno a la presencia humana, a convivir con aquel vecino con el que compartían el agua y que significaba seguridad alimenticia en ocasiones, aunque les molestara con sus caprichos; un par de vacas hubo que aceptaron el ordeño periódico incluso, aunque nerviosas de grado, siempre que éste fuera acompañado de forraje seco de invierno. Podía hablarse incluso —y Simón se mostraba muy satisfecho del trabajo de aquel otoño y aquel invierno— de semisedentarización de una parte muy apreciable de las manadas cerca del agua y de la zona habitada por los hombres; el Mago se felicitaba y felicitaba a su gente del resultado. “La ternera Estrella será una espléndida novilla y, a este paso, una hermosa vaca ordeñable y semi-mansa”.

Finales de marzo trajo consigo tiempo soleado, el total deshielo y el manto de verdor en todo el valle y las elevaciones que lo circunvalaban; más allá, en las altas mesetas, renacían generosos pastizales. Con la nueva estación los dos equipos al completo permanecieron en el valle del Mago, ilusionados con el rumbo que iba a tomar la experiencia en su nueva etapa.

La noche de la fiesta de la entrada de la primavera, Yeni y Filis presentaron a todos sus primeras reflexiones sobre el proyecto de incorporación del valle del Mago a los paraísos de la costa y su fórmula de penetración hacia el sur, hacia las altas mesetas de pastizales de verano. Pensaban las dos mujeres que las redes de agua, gas, electricidad y carburantes diversos bien podían ser subterráneas en casi todo el recorrido y conducciones paralelas a la carretera —que no autopista: debía ser poco espectacular— disimulada a ser posible con terraplenados de bosque y de cultivos y, sobre todo, parte humilde y como menor de una gran cañada real; porque la verdadera vía de comunicación, sobre todo entre el valle del Mago y las altas mesetas, pastizales de verano, debían ser las cañadas; y en las confluencias de dos o más de ellas, intersticios de las rutas de trashumancia o nomadeo, otras casas despertador de pájaros o similares debían ser instaladas como núcleos básicos de aquel futuro arcádico paraíso.

—Debéis visitar la gran muralla verde cuanto antes —opinó Simón el Mago, y las dos chicas estuvieron de acuerdo, aunque ya la conocían por publicaciones especializadas y de divulgación.

A Arcadio se le veía encantado con las explicaciones de Yeni y Filis, eficaz manipulador de la cámara de proyección de películas y proyector de diapositivas; el album personal que se había elaborado con segundas copias de fotografía y esquemas tomados de los de Yeni, más observaciones personales y muestras de flora, se lo mostró orgulloso aquel día a Estambuli, el cual, como si de un maestro se tratara, le hizo alguna observación metodológica y al final se lo calificó de trabajo interesante y a completar.

Sabe este amanuense que las antiguas novelas pastoriles —y este relato no hace más que tender precisamente hacia ese género de novela— siempre fueron artificiosas y un puntito falsas, que la literatura pastoril, esa antigualla, no había sido capaz de expresar algo duradero, a pesar de que el mundo que rodeaba al que escribía tal vez fuera mucho más rural de lo que es ahora —tal vez no, sin duda, y a pesar del esfuerzo realizado por tantos y tantos en el paraíso de las islas—, y a estas alturas del trabajo este amanuense —perdonen por el protagonismo, pero son vitales estos razonamientos para él y por eso intenta comunicarlos—, como le pasara a Heliodoro el negro con su relato de Gina Manfredi, se siente desbordado, tal vez incapacitado para continuar la redacción y desea pedir ayuda, convocar una mini-asamblea de amanuenses si posible fuera, visitar a algunos de ellos, no sabe bien qué. Debe consultar en el departamento de informática.

A estas alturas del relato, además, se ha operado un cambio en su vida que puede ser peligroso para la estabilidad psíquica —tan necesaria para estos menesteres— de este amanuense, un servidor de ustedes. Necesidades imperiosas —una interferencia ajena al paraíso de las islas aunque con nuestros grupos relacionada: hacerse cargo de un gran local y casa en una gran ciudad del interior en el que podría instalarse alguna comunidad con marcha— se han impuesto al programa original previsto para el tiempo de redacción de este capítulo del paraíso de las islas, y hace ya algunas semanas que este amanuense extraña el mar. No se siente con fuerzas, pues, para describir las ruedas amorosas en el valle del Mago de aquella primavera —primavera del 67—, ni la concentración en Hamam Masjutín de los primeros llegados de todos los puntos del paraíso de las islas para seguir llamémosle tratamiento de trashumancia.

Se le ocurre, más allá aún, que bien podría abandonar este relato en el punto en que está, rogar a otro que lo continúe e iniciar otro más acorde con su nueva circunstancia —si ésta viera que iba a prolongarse—, más ciudadano por ejemplo, o más antiguo en el tiempo, más próximo a los

años de la gran guerra y muerte de Juan Bravo. En fin, debe efectuar consultas, recomenzar de nuevo.

Soy otro. Tras algunas consultas y reflexión intentaré continuar el relato que mi antecesor dejara en la primavera del 67 tras la gran guerra y muerte de Juan Bravo. Han pasado siete años desde que el amanuense primero de este relato lo abandonara, y mi informante principal ha sido el descomunal Don Fion; el año de su cincuentenario Negro Hermoso —que es lo que en lenguas celtas significa ese nombre, al parecer— nos concedió a varios amanuenses todo su verano para recordar en voz alta y en nuestro —vuestro— honor. Sigo, pues, o comienzo.

Una tarde hermosa y fría del final del invierno, el único almendro del valle en flor, regresaron de Guelma Estambuli Entrambosaires y Arcadio, el hijo de Ulrica, con el censo terminado de las cabañas de la región. Comentaron que en el norte los limoneros estaban esplendorosos con sus innumerables lagrimones amarillos; y que unos cuantos cientos de ovejas se habían puesto en camino hacia el sur por cañadas improvisadas hacía una semana en busca de los nuevos pastizales de primavera y verano. La gente se preparó para recibirlos.

Recordaba Don Fion aquellas semanas con rara minucia de detalles y anécdotas y nos comentó riendo que aquella entrada de primavera había sido en verdad inolvidable para él y calculaba que para todos los integrantes del grupo. Tras un viaje al norte rápido durante el invierno, Ali Hamuín, Catalina Ivanova y Claudia Auani habían regresado un tanto revueltos; Ali y Claudia, que hasta entonces se habían compenetrado muy bien en los trabajos y por la noche, se enzarzaban con frecuencia en pequeñas disputas sin importancia y habían perdido algo de su espontaneidad habitual. Claudia se hacía más de rogar antes de cantar una canción y Ali contaba menos historias divertidas y chistes. Por las noches, Catalina Ivanova se les reunía para dormir en alguna de las pequeñas jaimas que rodeaban a la casa

despertador de pájaros y que, cuando coincidían allí los dos grupos en pleno, eran muy usadas, todo un pequeño campamento.

Claudia Auani era una hermosa muchacha de grandes ojos negros y temperamento apasionado; en una casa de los niños tunecina, en donde había crecido con Flora Abenza, se había criado desde muy niña —su madre Fadela Auani trabajaba en talleres comuneros de repujado de cuero en la ciudad y era poco viajera— y desde muy niña había tenido una intensa relación con uno de sus compañeros de casa, Abdelhakim Aranguren, hijo de Aránzazu Aranguren, famosa marino, casi siempre de viaje pero allí instalada más o menos largos períodos de tiempo. Claudia Auani y Abdelhakim Aranguren habían vivido una tormentosa historia de amor desde antes aún de la adolescencia en la que el carácter ardiente de Claudia había sido el detonante de no pocos momentos desagradables para los dos y para sus propios compañeros y que culminaran en una aparatosa pelea entre ambos en la que Claudia, fuera de sí en un ataque de celos, le había propinado una soberana paliza a su amado compañero. Pasados los momentos dramáticos de la pelea, la asamblea de la casa de los niños, en presencia de Abdelhakim Aranguren y Claudia Auani, calmada ya, decidió que debían separarse para siempre y procurar no verse más a ser posible, no coincidir al menos en la misma casa o región; Claudia, como detonadora o culpable principal del incidente, era quien debía abandonar la casa, a juicio de la asamblea, y así sucedió al día siguiente tras una noche de fiesta, apasionada despedida de su hasta entonces compañero y abrazo final con abundantes lágrimas que conmovió sobremanera a toda la población infantil; muchos lloraban desconsolados y todos recordarían siempre aquella bella historia de amor con tan dramático final. Flora Abenza y otras dos chicas quisieron acompañar a Claudia Auani en su destierro y las cuatro muchachitas dejaron Túnez y viajaron por barco hasta Trapani, en Sicilia, desde donde por avión pasaron a Murcia, en España, para instalarse en una de las comunidades campesinas de la costa que

habían elegido. Dos meses después a Claudia le dio una fiebre mística y durante más de un año se enroló en una de las comunidades de ramadaneros —siempre Flora Abenza cerca, que la adoraba— en donde estudió las tradiciones religiosas antiguas de su tierra de origen. Salvo en dos ocasiones, mucho después y en lo que daban en llamar “viaje de polvo” —viaje de visita de menos de veinticuatro horas de duración, de cortesía o para evitar o combatir fijaciones— nunca más se habían vuelto a encontrar Claudia Auani y Abdelhakim Aranguren; durante el primer “viaje de polvo” que hiciera Abdelhakim a la comunidad en donde Claudia terminaba su formación de bióloga, en la costa murciana, habían llegado incluso a hablar de la posibilidad de abandonar el paraíso de las islas y emparejar, pero habían desechado de inmediato, entre risas y abrazos, aquella “tentación pecaminosa”, en palabras de Claudia aprendidas en los textos religiosos antiguos.

La primera en captar pequeñas asperezas en la relación entre Ali Hamuín y Claudia Auani fue, buena conocedora de su amiga, Flora Abenza; se lo comentó a Don Fión por la noche, acostados, y decidieron planear algo para el día siguiente.

—Lo más fácil es que tú, Flora, procures tirarle los tejos al Hamuín, que es un salido del carajo como casi todos ellos, y yo lo intente con la Claudia, ¿no crees? —opinó Don Fion, tras meditar unos momentos y con cara de coña.

—¡Retranca la tuya, gallego! —le había contestado Flora—. ¡Es una lástima, ahora que nos estaba saliendo tan bien lo nuestro, o no?

—Sí, chica. Pero lo nuestro puede continuar. Es sólo un amago para echarles una mano.

Y al día siguiente comenzaron la operación. Flora se fue muy de mañana a la jaima que habían ocupado Ali, Claudia y Catalina Ivanova durante la noche, una radio de transitorios bajo el brazo a todo volumen, alborotadora.

—¡Eh, tú, Alí! —gritó desde la entrada—. Te necesito hoy urgente en el cercado nuevo.



Desde dentro los recién despertados la invitaron a entrar.

—Anoche —continuó la chica—, un toro en celo debió atacar a las vacas estabuladas y echó abajo todo un ángulo de la cerca.

— ¡Ay, la primavera! —se desperezó Catalina Ivanova, y todos rieron.

En las noches últimas se habían repetido con frecuencia ataques de astados machos en celo contra los animales, fundamentalmente hembras semisedentarias ya con o sin crías y que hasta admitían —aún de regular grado— el ordeño; éstos habían conseguido cubrir a alguna de ellas y habían causado además destrozos en los cercados con su furia violenta de macho caliente. La misma Claudia Auani, con la ayuda de Fidaya Shehade, llamada Filistina o Filis, y de Arcadio, había logrado algunas fotografías y filmaciones que luego habían divertido mucho a la gente.

—¿Y por qué precisamente yo? —preguntó Ali, medio dormido aún bajo las mantas al lado de Claudia.

—Porque el resto de los hombres se van a recibir a los rebaños de Guelma y necesitamos tener bien preparados los apriscos —y Flora Abenza volvió a salir para preparar desayuno.

Poco después, a medio vestir el trío, llegó Don Fion a la jaima y se sentó a la puerta esperando a que terminaran de prepararse los chicos.

—Hoy nos espera un día ajetreado, Claudia: debemos llegarnos hasta el bosque del sur y traer muestras de varios animales que encontraron muertos ayer en el calvero del perro y la cabrita —dijo—. Debemos llevar provisiones para todo el día; calculo que no podremos estar de regreso hasta el atardecer.

Claudia salió de la tienda la primera, con botas de campo y ropa de faena.

—Ya lo sabía, negro. Estoy preparada.

Y se fueron hacia la casa para tomar café. En torno a la mesa de la casa despertador de pájaros estaban ya Simón el

Mago, Imanol Tolosa y la chica turca, Yeni; Filis, Arcadio y Flora Abenza preparaban el desayuno para todos.

Flora Abenza, o Warda, o Flor, aunque todos en el valle del Mago la llamaban Flora, era una muchacha menudita que a su edad —iniciada la veintena, como Claudia o Estambuli— conservaba aire casi infantil aún; poquita cosa a simple vista, era de una gran eficacia sin embargo y sus decisiones y respuestas se demostraban siempre muy acertadas; los compañeros de grupo, en su breve historia comu-nera, terminaban por prestar mucha atención a sus observaciones, al revés de lo que ocurría con quienes no la cono-cían demasiado y para los que solía pasar totalmente desa-percibida. A pesar de la gran movilidad de los grupos en el paraíso de las islas, Flora Abenza se había mostrado desde muy niña una inquebrantable conservadora de afectos; y muy selectiva. De su madre, Adoración Abenza, tenía sólo una imagen muy vaga, desdibujada con el paso del tiempo, pues sólo la recordaba de un viaje de cavernícolas muchos años atrás, niña en su casa de los niños tunecina, sabía de ella por viajeros —Sergei de Duvrovnik, por ejemplo, le ha-bía traído cartas suyas en el último viaje que hiciera a su tie-rra de origen— y guardaba como tesoro personal muy íntimo el deseo de hacerle una visita un día, no sabía si ya próxi-mo o no; como guardaba —uno de sus muy selectivos afec-tos antes dichos—, en una cajita de madera taraceada, un pañal de algodón blanco bordado por su madre en los difí-ciles meses de embarazo —como un día le contara alguien que conocía muy bien y de cerca a su madre Adoración Abenza— y una rama de olivo muy seca (que a este ama-nuense le mostró un día, ya montoncito de polvo y trozos diminutos del tallo y hojas— con la casi una docena de cartas maternas recibidas; en una de aquellas cartas, que Flora se sabía de memoria, le explicaba Adoración Abenza que en su paso en expedición de cavernícolas por el sudeste español habían tocado una semana en el valle de Ricote, de la comunidad murciana, y allí se había encon-trado con el recuerdo vivo de su apellido, Abenza; “visita un día Ricote, hija, y considérate también de allí”, con-

cluía Adoración. En su adolescencia en la costa del levante español, con Claudia Auani, había seguido el consejo de su madre y había visitado una y otra vez Ricote, rara sensación de paisaje familiar incorporado, casi atávico paisaje. Claudia Auani era su otro selectivo afecto conservado a pesar de todos los pesares y cambios de lugar y grupo. Desde muy niñas —tiempo inmemorial— juntas, había sabido adaptarse a su compañera en todo momento, en los días hermosos de los juegos felices de la infancia y en los dramáticos de la historia de amor y separación de Claudia y Abdelhakim Aranguren; la decisión de abandonar con su amiga la casa de los niños tunecina surgió espontánea, como dictada por la lógica o necesidad, sin ninguna sombra... Los meses transcurridos con los ramadaneros más los recordaba por su relación con Claudia —aquel esfuerzo compartido para enterrar fantasmas de fijación amorosa y celos— que por los conocimientos de tradiciones culturales antiguas adquiridos. La elección misma de las comunidades campesinas de la costa murciana para instalarse hace pensar a este amanuense que la carta en la que Adoración Abenza aconsejaba a su hija lejana y prácticamente —podríamos decir— desconocida había jugado papel subliminar en la elección de lugar de las dos chicas, había sido sutil mensaje recibido. Pero a todos estos afectos y recuerdos se imponía la personalidad fuerte, tierna y abnegada de la chica Flora Abenza. Niña feúcha y de cuerpo no demasiado esbelto, por no decir feo, en contraste con la temprana delicadeza femenina de su amiga Claudia Auani en cuerpo, rostro y gestos, Flora se había dado con especial dedicación al deporte desde chica y había moldeado una figura que, aunque no espectacular, era graciosa y comunicaba vibración atractiva a los que con ella convivieran, y más cuanto más la conocían. Para la misma Claudia Auani Flora se había convertido en imprescindible compañía, casi puntal insustituible o complemento para su no sabrías si calificar de insegura personalidad o manera de ser. Y Flora lo sabía, y a Flora le halagaba aquello, y Flora —abnegación sutil— lo había incorporado a su propio proyecto de vida.

Pero este amanuense se ha perdido en el afán de presentar someramente a las dos muchachas de la casa de los niños tunecina, educadas después en las comunidades campesinas de la costa murciana con sus habituales periódicas escapadas al norte, a los cercanos chiringuito de Eulogio y casa del naranjal o biblioteca de don Borondón, hoy en el valle del Mago en su primera salida de adultas por el paraíso de las islas. Y este amanuense pide perdón por el fárrago de las presentaciones —no sabe el grado de conocimiento o de interés de sus lectores— y sigue con el desayuno interrumpido en la casa despertador de pájaros, un día de aquella entrada de la primavera del año 67...

— ¡Lárgate de aquí, puñetero Arcadio! —gritó Filis en el rincón de la cocina de trébedes—. ¡Otra vez has dejado chamuscadas las tostadas!

— ¡Pues el chamusco es bien rico, broncas! —se defendía Arcadio.

—No todos tenemos los mismos gustos. Hay a quien no le gusta la chamusquina —terciaba conciliadora Flora, mientras Filis hacendosa trajinaba la cacharrería de cafeteras, teteras y hervidores y Arcadio llevaba la fuente de tostadas chamuscadas a su gusto a la mesa de la esquina del ventanal.

— ¡Malas pulgas la Filis hoy, eh Arcadio? —sonriente Imanol.

—No la habrás tratado bien anoche, chico —dijo Yeni socarrona.

— ¡Verdad que os gustan las tostadas así? —y Arcadio ocupaba su lugar en la mesa.

—Mejor tostarías tú el café que asarías el pan, muchacho —y a Simón el Mago se le veía contento.

Todos a la mesa, salvo Estambuli que había tomado algo rápido y se había ido para preparar macutos y el vehículo de la expedición que debía ir al encuentro de los rebaños que venían de Guelma y Hamam Masjutín, charlaron entre bromas del plan del día.

—En resumen —zanjó el Mago, colofón al desayuno—: Claudia y don Hermoso al calvero del perro y la cabrita

—Simón llamaba pocas veces a Don Fion por este nombre: normalmente le decía Don Hermoso o Negro Fion—, Flora y Ali se encargan de rehacer las cercas y el resto nos vamos al encuentro de los pastores, ¿o.k.?

—No, Mago. Filis y yo tenemos trabajo de tablero hoy —puntualizó Yeni—. De las chicas, sólo Catalina Ivanova os acompañará.

Y comenzó, una vez más, la marcha mañanera.

2.— Don Fion y Claudia, como habían previsto, prepararon su expedición al calvero del perro y de la cabrita. En una mochila las provisiones, en otra las herramientas que pensaban necesitar, un odre de pelleja de cabra bien alquitranada con agua y una bota de vino que Don Fion siempre procuraba llevar consigo, se hicieron a caballo durante la alborada todo el tramo llano del valle del Mago; la aurora les cogió casi en la linde del bosque, en donde dejaron los caballos, y el ascenso hacia el calvero del perro y la cabrita se lo hicieron a pie. Claudia, pensativa aquella mañana, ascendía por los senderos por delante de su compañero de marcha. Calcularon que serían de tres a cuatro horas de camino.

—Los pastores van a tener dura jornada hoy con este sol —comentó Don Fion con la silenciosa Claudia.

—Decían que estaban como a tres jornadas de campo abierto, que no es mucho. Mañana, si quieren, pueden alcanzar el valle del Mago —y haciendo un breve alto para que el gallego Don Fion llegase a su altura—. ¿Has visto lo degradado que está el bosque aquí?

—Estambuli y Arcadio han estado fichando todo ésto y parece que Filis tiene ya el mapa alzado —Don Fion se detuvo a la altura de Claudia, dejó su mochila de herramientas en el suelo y echó un trago de vino—. ¿Quieres un poco?

—No he conseguido aprender a beber de tu chisme exótico —rechazó Claudia, que prefirió beber del odre de agua—. ¿Sabes tú de bosques, Negro?